

EL CASABEL

Administracion: calle de Atocha, núm. 59, bajo.—Madrid.

EL CASABEL cree interpretar fielmente los sentimientos de sus lectores, dedicando una gran parte de este número á celebrar la entrada del REY ALFONSO XII en la capital de la Monarquía.

El Director de EL CASABEL y sus colaboradores, saludan respetuosamente al REY, que viene lleno de buenos deseos y de amor á su patria, á hacer la felicidad de los españoles. ¡Ojalá pronto no haya en España combates entre hermanos! ¡Ojalá veamos pronto lucir la aurora de la paz!

EN LA ENTRADA EN MADRID

DEL REY ALFONSO XII.

Cuadros populares.

I.

—¿A dónde vas, Sebastiana, que tan *retomaja* vés con tu pañuelo de seda, tus pendientes de coral, y tus confortantes nuevos y tu peine y tu collar?
—Voy adonde vá la gente; á la calle de Alcalá, á ver al Rey Don Alfonso que por allí va á pasar....
—Pues hija, si no me engaño, tu marido es federal, lo cual que escandalizada tenía á la vecindad.
—Mi marido ha sido un tonto, aunque el decirlo esté mal, y yo bien se lo decía que era una barbaridad que escuchára á los señores de levita y de gabán que iban á comprometerle para que saliera á dar cuatro voces *sucesivas*, y él se quedaba sin pan, y ellos unos *personajes* se hacían de poco acá. Más lágrimas he llorado, que arenas tiene la mar, viendo á mi esposo metido en ese berengenal...
Él se pasaba los días, los meses sin trabajar... y con un humor el hombre que ni el mismo Satanás... Y empeñado en que una finca nos la tenían que dar, y empeñado en que el casero era un *solene* animal, y que por ningún estilo se le había de pagar, y empeñado en que las bodas no había que hacerlas ya en la iglesia, sino yendo á ver á un *municipal*, y empeñado en que era el Papa lo mismo que un sacristán; pero él se empeñaba en eso y yo me empeñaba más, que hasta las sábanas tuve que llevarlas á empeñar; y he pasado dos inviernos

por *mor* de la federal, hambrienta, sola, desnuda, y matándome á lavar, que se me han puesto las manos en esta conformidad, y por eso confortantes tengo siempre que llevar; y gracias á que en la rifa del Pardo, esta Navidad, eché diez y siete cuartos y Dios me quiso amparar, y me cayeron diez duros, que los he gastado ya, y aunque me vé usted tan maja, me coge Su Magestad sin un cuarto en el bolsillo; pero Dios me ayudará, y á mi marido, que el pobre se aplicará á trabajar, pues de todo lo pasado bien arrepentido está; y si no viene conmigo es porque al fin cada cual tiene, como dijo el otro, su poco de vanidad, y él tiene los pantalones que no se pueden mirar, y la chaqueta que tiene ya no es chaqueta ni *ná*, y del ala del sombrero ya le falta la mitad, y hoy no había de haber ido con la gorra *colorá*.
Con que abur, doña *Merchora*, y que no haya novedad; voy á dar al Rey un viva con remuchísima sal, porque me da la *vial* gana, y porque es mi voluntad, y porque ya habrá trabajo, y pronto tendremos paz, y en fin, porque mi pariente no vuelve á ser federal.

II.

—Vaya usted con Dios, salero.
—Si quiere usted, militar, dejarme aquí un huequecito para ver al Rey...
—Si tal:
¿quién un favor á una moza como usted, le negará?
mas póngase usted de modo que al mandarnos alinear no crea que hay un soldado con faldas, el capitán.
—¿Sirve usted hace mucho tiempo?
—Soy de los de Castelar.
—¿Republicano?..

—Señora, me falta usted, ¡voto á San!.. Digo que soy de la quinta que sacó con mucha sal ese señor; y ya estuve en el Centro, en Puigcerdá, y he sido herido..

—¿En el Centro?
—Segun dijo Don Pascual el físico, fué la herida muy cerca del *epigas*...
no se qué... junto á los vasos del sistema celular, rozando con la calótira, que yo no sé donde está, y rompiéndome la *tibia*; y bien que me hizo rabiarse el físico, que una noche me quiso abrir en canal,

y sacándome los huesos volverlos á colocar.
Gracias á Dios, de tal cosa no hubo al fin necesidad, y ya vé usted si estoy bueno, más duro que el pedernal, más alegre que unas Pascuas y más bravo que la mar, dispuesto á comerme crudos un carlista, ú dos, ú más, y á camelar á una moza que se deje camelar, como usted, pongo por caso... que parece usted formal y tiene usted unos ojos que mareándome están, y un aquel y un *atraitivo*, y una... se continuará, que el coronel á caballo viene y nos puede atisbar, y por allí me parece que viene Su Magestad, y hay que presentar las armas, y yo le tengo que dar un viva al Rey Don Alfonso, por quien tendremos la paz. Mi madre me lo ha encargado, que la pobre vieja está, llorando y temblando siempre desde que soy militar, y ayer, que me vió, me dijo que está más conforme ya, porque el corazón le dice que la guerra ha de acabar, pues todos los españoles pronto se convencerán de que entre Carlos y Alfonso, quien merece el trono más es quien ni sangre ni llanto hizo nunca derramar; el que á su patria querida no ha causado ningún mal, el príncipe á quien bendicen las madres de los que están en la guerra, porque saben que con él viene la paz.

III.

—¿Viene usted de la Carrera? diga usted, Doña Pilar.
—Si señor, y que me han dado más estrujones y más...
—¿Y vió usted al Rey?
—Por supuesto:
que es un mozo muy galán, con unos ojos muy vivos, y un aspecto muy formal, y un aire de español puro. Si le vé usted, señor Juan, deja usted de ser carlista á la mayor brevedad, y usted también, señor Pedro deja de ser federal.
—Señor Pedro no me llamo, ni me lo quiero llamar, que republicano neto me gusta á mí la igualdad, y eso de *señor* me huele á tirano ó cosa tal... el ciudadano don Pedro soy yo, por tierra y por mar.
—¡Don Carlos si que es un hombre!...
—¿Y quién se lo negará, señor Juan?

—Yo soy carlista y me parece muy mal que venga usted en mis barbas á decirme...

—La verdad;

que he visto al rey Don Alfonso y que viéndole pasar se me han saltado las lágrimas de alegría.

—¡Voto vá!...

que esto escuche un ciudadano á quien quisieron nombrar en Cartagena ministro socialista y cantonal!...

—¡Que esto escuche un compañero de Palillos, que á no estar colocado hace seis años, ya hubiera corrido allá y formado una partida y hecho una barbaridad!...

—Señor Juan, si usted se atreve vamos los dos á formar la partida.

—Señor Pedro, agradezco su bondad, pero usted es republicano, yo carlista...

—¿Qué más dá?

—Señor Juan y señor Pedro, ¿quieren ustedes tomar mi consejo?... Pues el uno olvide la federal, y el otro olvide á Don Carlos, y vivan en santa paz, que el rey Don Alfonso Doce con ella viene á brindar á los españoles todos sin volver la vista atrás.

—Usted eso lo ha aprendido...

—En un papel, es verdad, lo he leído, me ha gustado y no lo quiero olvidar.

—La verdad es que la sangre que costó la federal fué mucha, y tantas desgracias no se olvidarán jamás.

—Dice usted bien, señor Pedro, y mire usted, cuesta ya mi Don Carlos tanta sangre, que me dá espanto pensar que hayan muerto tantos hombres por un hombre nada más.

—Y el joven Rey Don Alfonso de todo inocente está; nadie por él ha sufrido, á nadie pudo agraviar, y entrañas tendrá de tigre aquel que le quiera mal. Conque vamos, señor Pedro, conque vamos, señor Juan, ustedes que no son malos vengan conmigo á gritar que ¡viva el rey Don Alfonso! y ¡viva la libertad!

IV.

—¡Vaya que ha tenido suerte! ¡Ser Rey á tan corta edad!

—No fué suerte, es su derecho.

—Mucho le envidio.

—Haces mal, que si eres bueno y honrado nada tienes que envidiar, ni al Rey, ni al noble, ni al rico ni al sabio, ni...

Usted, Don Blas tiene siempre unas respuestas...

—¿Y por qué envidia te dá ese joven que ha venido por su derecho á reinar?... ¿Presumes tú por ventura que pesares no tendrá, y que todas son delicias las que esperándole están?

—Más que á mí que soy un pobre... que tengo un triste jornal...

—Jornal que te basta y nadie te lo viene á disputar.

—Él tendrá muchos amigos.

—Tú tienes uno leal, yo, tu maestro, que siempre procuré tu bienestar.

—Él no tendrá más trabajo que mandar.

—¿Pues hay quizá un trabajo más penoso que el trabajo de mandar?..

—Tiene usted una *guasa* fina, maestro.

—Todo es verdad

lo que digo.

—Pues yo digo que estoy dado á Barrabás, porque he nacido tan pobre...

—¡El que sabe trabajar!... no se llama pobre nunca.

—Se lo llaman los demás. ¿No querría usted, maestro, ser rey, en el trono estar, y hacer en todo y por todo su absoluta voluntad?...

—No necesito yo trono, porque tengo trono ya.

—¿Usted tiene trono? ¿Dónde, que no lo he visto?

—En mi hogar:

lo adquirí con mi trabajo siendo hombre honrado y leal, y cumpliendo mis deberes y dando á la sociedad hijos que acaso mañana mi nombre ennoblecerán; y respetando las leyes y acatando á quien las dá, y haciendo bien, y no haciendo nunca á mi prójimo mal. Sigue mi ejemplo, y lo mismo que yo, tú trono tendrás, y el amor de una familia y dulce tranquilidad.

—Tiene usted razon, maestro, me ha convencido usted ya.

—Deja por hoy el trabajo, y vé á ver al Rey entrar,

que los buenos españoles hoy de enhorabuena están, porque ese Rey tiene acaso la mision providencial de devolver á la patria su antigua prosperidad. Esos serán sus deseos, su nobilísimo afán...

Dios quiera que no haya ingratos que lo quieran estorbar; Dios quiera de las pasiones calmar la furia infernal, y hacer que en España reine con Don Alfonso la paz.

CÁRLOS FRONTAURA.

ALFONSO XII.

Seis años hace que la revolucion de Setiembre derribó el trono español á pesar de la fortaleza de sus fundamentos seculares, para ofrecer más tarde al mundo el increíble espectáculo de recorrer las córtes europeas, mendigando un príncipe que quisiera ocuparlo. Sus esfuerzos no fueron perdidos, y durante dos años vimos habitado el palacio de Oriente por un joven de la casa real de Saboya, que se entendia por escrito con sus ministros, paseaba á caballo entre un público indiferente cuando no hostil á su persona, concurría con alardes democráticos al café de Fornos y al teatro del Buen Retiro, y al volver á su habitacion tenia ocasion de observar el llanto de la virtuosa señora que compartía su suerte y que, más perspicaz que el rey democrático, conocía ser imposible su continuacion en el trono.

Aquella monarquía, hija de una votacion de las Córtes Constituyentes nombradas por sufragio universal, sin más limitaciones que los garrotes de los federales y la libérrima expresion de los deseos de los soldados, votando por compañías; aquella monarquía que realizaba el deseo de los radicales de tener la menor cantidad posible de rey, no fué deseada por nadie y por nadie fué sentida su desaparicion; pasó como un meteoro atmosférico; como una pesadilla en el sueño; como una niebla que se desvanece y disipa ante los rayos del sol.

El rey Amadeo de Saboya que llegó á Madrid entre la frialdad que producian las nieves y el disgusto del pueblo; que tuvo que hacer su primera visita al cadáver del hombre que le diera la corona, y que no escuchó una sola voz de cariño que saludase su elevacion al trono, fuera de la destemplada gritería de los muchachos del ramo de limpiezas del Ayuntamiento; aquel rey que tuvo la desgracia de vivir entre radicales y descender del trono por ellos, desapareciendo de Madrid sin que nadie lo observase ni sintiera su marcha; aquel príncipe que pagó sus ambiciosos deseos con un reinado absurdo y triste, sin cór-

te, sin partidarios, sin el aura popular en quedescansa la fuerza de las monarquías; que vino entre las nieves y huyó entre las sombras de la noche, mientras que los diputados que lo trajeron votaban la república, ofrece en los anales de su reinado provechosas y grandes enseñanzas.

No las olvide el joven monarca que en estos momentos es objeto de las más ardientes aclamaciones: las monarquías solo arraigan en el espíritu de justicia y en el amor de los pueblos: inspírese siempre en el primero, sea merecedor del segundo, y su nombre pasará á la historia, rodeado de respeto, consideracion y amor. Sea su reinado la antítesis completa del que hemos sufrido los españoles por el capricho de unos cuantos diputados, y todo el entusiasmo que hoy se desborda, traduciéndose en alegres fiestas, se conservará vivo en el corazón de los buenos.

El pueblo español acaba de hacer justicia al Rey Alfonso: que éste se la haga tambien al pueblo español y nunca surgirán tempestades políticas que los desunen, ni quebranten sus cariñosos vínculos. De esta manera, unidos en el mismo interés el monarca y el pueblo, aspirando uno y otro á la paz, á la fortuna, á la dignidad y al engrandecimiento de la madre patria, esta verá cumplirse sus destinos y conseguirá en el concierto de las naciones todas, el lugar que de justicia le corresponde y por su importancia merece.

De esta manera quedarán plenamente justificados los vítores entusiastas que hoy resuenan en toda España, y el nombre de Alfonso XII marcará en su historia el término de las discordias y el principio de las venturas.

El cielo, compadecido de nuestras miserias, permitirá que se realicen tan lisonjeros pronósticos.

M. OSSORIO Y BERNARD.

EL IRIS DE PAZ.

APÓLOGO.

AL REY ALFONSO XII.

Una hermosa nave cruza por el proceloso mar, y al viento dando sus velas tranquila bogando va.

En Dios puesta la esperanza no ve el peligro asomar, y al piloto que se duerme le sorprende el huracan.

Negras las nubes se tornan y empiezan á descargar; las olas se encrespan; ruge desatado el vendabal.

Y la nave, sin gobierno, el rumbo perdiendo va, y en rompientes escondidas su casco puede estrellar.

La bandera se destroza, las jarcias flotando van, y los botes salva-vidas se traga furioso el mar.

¡Todo el viento lo destruye! ¡Solo la fé queda ya con la esperanza, pues tienen en cada pecho un altar!

Al ver seguro el naufragio la gente llorando está, y en el puente, de rodillas, á Dios invoca piedad.

El Dios bueno, el Dios clemente, refrena la ira del mar, apaga el soplo del viento, y cesa la tempestad.

Por entre las negras nubes una luz se ve brillar, y el iris corona el cielo, símbolo de santa paz.

Hincha la nave sus velas; otra vez á rumbo va, y los naufragos alegres al cielo las gracias dan.

La experiencia es gran maestra; y conviene no olvidar que el piloto que se duerme venir no ve el huracan.

*Señor, España es la nave;
pues la quiso Dios salvar,
y vais á ser su piloto,
firme el timon gobernad.*

*En vos los ojos pusimos,
próximo á naufragar;
nuestros votos oyó el cielo.
¡Vos sois el iris de paz!*

TEODORO GUERRERO.

MEMORIAL

á S. M. el rey D. Alfonso XII.

Señor: Veo que hasta los que durante estos últimos seis años han tiznado su conciencia con la ingratitud, la deslealtad, la apostasia y la desvergüenza, que son negras como el pecado, piden y aun obtienen mercedes en la fausta ocasion del advenimiento de V. M. al glorioso trono de vuestra augusta madre. Yo bien quisiera celebrar este suceso que me llena de esperanza y regocijo, como á todos los buenos españoles, absteniéndome de pedir á V. M. merced alguna, pero examino mi conciencia temeroso de que le haya alcanzado algo de aquel abominable tizne, y como la encuentro blanca como la nieve, tomo vez en la interminable fila de pretendientes apostada á las puertas del alcázar de V. M.

Señor, hace más de treinta años dijo Larra que la literatura española es un modo de vivir con que no se puede vivir, y aun no ha sido desmentido Larra, á pesar de que durante el glorioso reinado de vuestra augusta madre, el arte literario como el pictórico, alcanzaron honra y provecho suficientes para no desmayar en el doloroso calvario en que los encontró y dejó Larra, de lo que dan testimonio el tanto por ciento que las leyes asignaron á las representaciones teatrales y las exposiciones de bellas artes; pero, Señor, aún la literatura española vive desvalida y pobre y se sostiene poco más que de esperanzas!

Yo bien sé, señor, que entre los que la cultivan hay algunos que, apartándola violentamente del camino del bien á que por naturaleza propende, la empujan por el camino del mal que le repugna, de lo que ofrecen tristísimo ejemplo los primeros años de vuestra expatriación y la de vuestra augusta familia, en que hasta la hermosa, la dulce, la pura, la santa poesía solía manchar sus labios blasfemando de Dios y calumniando y denostando al infortunio. Pero la religion no deja de ser santa porque entre sus sacerdotes haya algunos indignos de acercarse al ara donde se le rinde culto. V. M. viene á conquistar con el perdón y no con el castigo. ¡Perdon, señor, para los que delinquieron; pero perdon solamente y no premio!

No sé qué pedirá á la munificencia de V. M. esta muchedumbre de consecuentes y entusiastas alfonosinos que parece haber surgido repentinamente del centro de la tierra para rodear y aclamar á V. M., y estacionarse á las puertas del real alcázar esperando que V. M. derrame sobre ella copiosos dones; pero, señor, lo que yo os pido en nombre de vuestra propia gloria y del amargo pan que la literatura pone en mi mesa, es que contéis entre las más nobles y generosas aspiraciones de vuestro reinado, la de desmentir la afirmación de Larra, de que la literatura española es un modo de vivir con que no se puede vivir.

Por ello os bendecirán desde el cielo y desde la tierra los que con la pluma glorificaron á Dios, á la familia, á la patria y al trabajo; bendición que anticipa á V. M. leal y respetuosamente

ANTONIO DE TRUEBA.

A ALFONSO XII

EL DIA DE SU SOLEMNE ENTRADA EN MADRID.

¡Viva el Rey!... Es el pueblo el que te llama y quiere unir su suerte á tu destino; el pueblo el que te aclama y de flores alfombra tu camino.

Este pueblo, señor, tan engañado, y al mismo tiempo tan honrado y fuerte, hoy que ya su locura ó sus errores con rigor ha expiado,

vuela hacia tí amoroso; quiere verte; frenético te aclama en Barcelona, y entre aplausos y flores, en Madrid te presenta la corona que cifieron con gloria tus mayores.

¡Y qué mucho, señor, que España entera con inmenso entusiasmo te reciba, si con su Rey espera volver á ser tan grande como era cuando pudo ser grande y ser altiva!

Por eso acude el pueblo presuroso á su Rey victoreando, porque anhela ser grande y venturoso bajo el reinado augusto del que ocupa el dosel de San Fernando.

Y así será, porque á tu misma patria vienes á gobernar. Si este es el cielo donde viste la luz del primer día; si este es el sol que iluminó tu cuna; cómo no imaginar que Dios te envía á tu nativo suelo para labrar de España la fortuna?

No hay un solo español que en tí no fie: tú eres ¡oh Rey! nuestra única esperanza; permite, pues, señor, que el pueblo goce hoy que á España sonríe un porvenir de eterna bienandanza bajo el cetro real de Alfonso doce.

Y permite también, hoy que afanosa nuestra abatida España al fin respira, —al verse libre de la gente extraña— que, pues vuelve á vivir y á ser dichosa, exprese el entusiasmo que me inspira gritando: ¡¡ Viva España!!

RICARDO SEPÚLVEDA.

LOS DOS CETROS (1).

á S. A. R. EL PRÍNCIPE DE ASTURIAS.

I.

Vine un convento á heredar,
Y al mismo convento, anejo
Un templo á medio arruinar,
Donde hallé un santo muy viejo
Encima de un viejo altar.

Cogí un baston que tema
De caña el santo bendito,
Y dentro un papel habia
Que, por Don Pelayo escrito,
De esta manera decia:

II.

«Escucha, lector, la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amengüen su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

«Meses anduve cumplidos
Del rey Don Rodrigo en pos.
Desde el día en que, vendidos,
Fuimos en Jerez vencidos
Los del partido de Dios.

Halle al fin al rey de España
Al pié de este santuario,
Llevando un cetro de caña,
Pobre pastor solitario,
Rey de una pobre cabaña.

Y al verme, casi llorando,
Rodrigo habló de esta suerte:

—Porque te estaba esperando
No me hallo ya descansando
En los brazos de la muerte.

«Llegué aquí desesperado,
Cuando mi trono se vió
Por traidores derribado....
¡Dios les haya perdonado
Como les perdono yo!

«Desde entonces, entre flores,
Vagando por los oteros,
Recuerdan á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos.

«Tú, elegido por mi amor
Y mi heredero por ley,
Escoge aquí lo mejor
Entre este cetro de rey
Y esta caña de pastor.

«Sé humilde ó grande. Yo ahora
Me quedo á ejercer, contento,
La virtud que el cielo adora;
Que es el arrepentimiento
Que en la sombra reza y llora.

«Dijo, y siguiendo el destino
De su alegre adversidad,
Lleno de un fervor divino,
Tomó Rodrigo el camino
De la eterna soledad.

«Yo, Pelayo, os doy la historia
Del postrer rey español,
Y á los que amenguan su gloria,
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

«¡Dios eterno! ¡y de estas flores
He de dejar los senderos,
Recordando á mis dolores
El cetro, amigos traidores,
La caña, mansos corderos?

«¡Sí! que aunque mi alma cansada
Tomaría de buen grado

(1) Juicio de Rayon.—Nota XXXV.—Dolora 72.—Los dos CETROS.—Fray Luis de Leon, en su inmortal *Profecía del Tajo*, dejó al último rey de la monarquía goda vencido en Guadalete y bajo el peso de una acusacion terrible—Camposamor, con gran nobleza de sentimientos, no menciona la falta particular del Monarca; se remonta á mayor altura, y considerando la naturaleza humana, prorrumpe:

Y á los que amenguan su gloria
Les ruego que hagan memoria
Que hay manchas hasta en el sol.

Las causas que condujeron á la nacion goda á su ruina no están aun muy claras: lo cierto es que la defensa del esforzado cuanto infortunado Rodrigo en aquella memorable catástrofe, que nos costó siete siglos de sangre, no se ha hecho hasta hoy con mayor elevacion de juicio y de sentimiento.—Fray Luis de Leon pintó un gran castigo; Camposamor un gran remordimiento.

Composicion es esta muy agradable. Pertenece al género legendario, en el cual es tan rica nuestra lengua en el romance, su genuina forma; y sin embargo, estando esta dolosa escrita en quintillas, no es inferior á ninguna en narracion, sencillez, naturalidad y precision. El asunto ó invencion de esta poesia es peregrino, la exposicion seductora, y el artificio lleno de ingenio y muy simpatico. La dedicatoria al Principe de Asturias dignísima, solemne y llena de filosofia cristiana. ¡Qué contraste entre el rey de cetro de oro y el rey de cetro de caña! ¡Qué problema sobre la felicidad humana!—Mucho diríamos si hubiéramos de extendernos sobre esta hermosa dedicatoria, cuyas magistrales advertencias no puede comprender hoy, en su hermosa edad, nuestro querido Principe, á cuyos regios oídos no llegarán quizá más nobles y levantados acentos.

Terminado queda este trabajo. Por él habrá visto el lector nuestra imparcialidad, y formando su juicio sobre el mérito del poeta, uno de los primeros en la brillante pléyade de nuestros contemporáneos, y el que más popularidad ha conseguido quizá en todas las clases sociales, prueba inequívoca de sus facultades, y de que supo agradar, por la instruccion y el buen gusto á las clases cultas y elevadas, por el sentimiento á los que sufren, por el ingenio y la gracia á las damas y gentes de buen humor, por los refranes, sentencias y estribillos al pueblo, y por sus condiciones poéticas á todos. Si estas notas han servido de alguna utilidad, nos damos por muy satisfechos, como superior recompensa á su corto mérito: de lo contrario, morirán, si esto fuera posible, acompañando á un libro á quien aguardan largas edades, como sinceramente creemos; y por afecto y amistad personal hacia su autor deseamos.

El arado por la espada,
Tomo por tí, patria amada,
La espada en vez del arado.

«Parto, y lo escrito, al marchar,
Con la caña al santo deajo.»
Caña que á mí vino á dar
Cuando hallé aquel santo viejo
Encima de un viejo altar.

Y hé aquí por qué suerte extraña
Del rey Don Rodrigo, así
Han llegado cetro y caña,
Grande el cetro al Rey de España
Y humilde la caña á mí.

III.

A vos, Principe y Señor,
Desde la cuna rodeado
De todo humano esplendor,
Os escribo ésta, sentado
Sobre unas hierbas en flor.

Vinimos, por suerte extraña,
A un rey á heredar los dos,
Vos su cetro, y yo su caña:
Vos el cetro Real de España
Yo el que humilde llevó Dios.

Cansancio ó tedio espantoso
El cetro os dará algun día;
La caña, más venturoso,
Al menos ¡ay! os daría
En la oscuridad reposo.

Yo, en vez de rey desdichado,
seré un dichoso pastor,
Pues ya el mundo me ha enseñado
Que entre el cetro y el cayado,
El cayado es lo mejor.

¡Cuánto sereis bendecido
Desde mi humilde rincon.
Cuando os lleven perseguido,
La calumnia, si vencido;
Si venceis, la adulacion!

Quando yo ande indiferente
Por el monte ó por el llano,
A vos os dirá la gente,
Rey debil, si sois clemente,
Si justiciero, tirano.

¡Cuál será vuestro cuidado
Mientras que todo, Señor,
Yo lo olvidaré, olvidado,
En mi tronco recostado
De humildes hierbas en flor!

Noble cual vuestra nacion,
A vuestra Madre imitad,
En cuyo Real corazon
Se aman justicia y perdón,
Se abrazan dicha y verdad.

Y Dios, para bien de España,
De su gracia os dé el tesoro.
Dado en mi pobre cabaña
Yo, el rey de cetro de caña,
A mi Rey de cetro de oro.

RAMON DE CAMPOAMOR.

(De la Ilustracion Española y Americana.)

A S. M. EL REY D. ALFONSO XII.

Por una horrible traición,
sin ejemplo en nuestra historia,
para manchar nuestra gloria
vino la revolucion.

Y la Nacion apresada
entre sus garras tuvieron
esos hombres que salieron
á nado, desde la nada.

Y de la ambicion en pos
no respetaba su grey,
ni el régio Trono del Rey,
ni el Santo Trono de Dios.

Perdónalos, pasó ya
el tiempo en que ellos mandaron:
ellos á Dios ultrajaron
y hay Dios que los juzgará.

Sea tu lema el perdón;
Sé tú el iris de bonanza,
que en tí tiene su esperanza
y su gloria la Nacion.

Y hoy te ofrece, por borrar
las huellas de lo pasado,
en cada hombre un soldado,
en cada pecho un altar.

¡Viva aquel que es rey por ley
que todo el mundo conoce;
¡viva el rey Alfonso Doce,
viva el rey y viva el rey!

NARCISO S. SERRA.

HISTORIA AL VUELO (1).

II.

—El otro día me vanagloriaba de mi buena memoria; pero recapacitando despues en nuestra conversacion he recordado que olvidé gran número de tumultos y desórdenes ocurridos en el mes de Diciembre de 1868. Y no es, amigo mio, que merezcan la pena de recordarse todos; pero en mi afán de ser exacto he ido apuntando unos pocos en mi cartera. ¡Vd. no se acordará ya del motin de Churriana?

—Ni remotamente.

(1) Véase el número anterior.

